

La Casa de la Contratación: novelas caballerescas-acciones caballerescas

HUGH THOMAS

House of Lords, Great Britain

Soy una persona más idónea de lo que Uds. podrían suponer para hablar sobre la relación entre la Casa de la Contratación y las novelas de caballería del siglo XVI, ya que gran parte de la más famosa de todas, *Amadís de Gaula*, se desarrolla en mi país, Gran Bretaña. La heroína de *Amadís*, Oriana, era la hija de Lisuarte, rey de Gran Bretaña. El mismo *Amadís* pasó gran parte de su infancia como huérfano en la corte del rey de Escocia.

Cerca de donde vivo, en Londres, Oriana, ya viuda –según aparece en el llamado séptimo libro de *Amadís*– vivió en un convento que se nos dice simplemente estaba “a las afueras de Londres”, y su nombre es “Mirasierra”. Supongo que tampoco necesito recordarles las virtudes del caballero Palmerín de Inglaterra quien, con su hermano, Florencio, era hijo gemelo de Fadrique, rey de Inglaterra.

Igualmente, se cuenta en los romances la historia de un famoso rey inglés llamado Oliverio el cual vivió hace tanto tiempo que su sangre se dice corría por las venas de todos nosotros. Su hijo dirigió un ejército inglés de 20.000 hombres contra Grecia, pero se vio obligado a retirarse en Belgrado.

Los primeros capítulos de *Tirant lo Blanch* describen cómo el valiente e ingenioso Lord Warwick estableció nuevas normas de caballería al derrotar a un ejército musulmán que llegó hasta nuestras orillas. Conviene destacar que en *Tirant lo Blanch* el caballero que se convierte en emperador de Constantinopla no es Tirant, sino un caballero inglés que accede al matrimonio adecuado en el momento adecuado. Tu, Feliz Inglaterra, Cásate!

Yo mismo he pasado gran parte de mi vida pretendiendo ser un caballero español. Creo estoy progresando en ello. Pero aquí en Sevilla, lugar para honestidades y no “falsas historias”, frase ésta frecuentemente utilizada al referirse al *Amadís de Gaula* y sus continuaciones por críticos tales como

Vives, aquí en Sevilla debo admitir que soy británico; pero al menos mi lugar de nacimiento, Windsor, como ahora se lo conoce, aparece en *Amadís* —como “Vindislora”. La única copia que sobrevive de la primera edición del *Amadís* de 1508 se encuentra también en nuestra Biblioteca Nacional, The British Library, de Londres.

Uds. pensarán que estoy siendo deliberadamente ligero al cerrar tan espléndido congreso como es la conmemoración del quinto centenario de la Casa de la Contratación. Eso sería deseable, pero no es totalmente cierto. Al recordar las hazañas de Arturo, Tirant, Amadís y otros en “Gran Bretaña”, como por oposición a la “pequeña Bretaña”, me permito recordar aquellos tiempos en los que Inglaterra era un miembro total de la familia europea.

Una vez establecidas mi credenciales, me dirijo al asunto que vamos a discutir.

Sabemos algo acerca de los cargamentos de libros que habitualmente se enviaban desde Sevilla a las Indias a principios del siglo XVI a través de la Casa de la Contratación. El profesor Juan Gil ha sido mi guía en esto, como en tantas otras cosas.

Así, por medio de uno de sus ensayos, he sabido cómo, en enero de 1505, sólo dos años después de la fundación de la Casa de la Contratación, salió de Sanlúcar de Barrameda la nao Santa María la Antigua, perteneciente a Alonso Núñez y Juan Bermúdez, con “138 hojas de papel para lectura; cincuenta Libros de Horas, treinta y cuatro romances, todos encuadernados, y dieciseis obras en Latín”. De los dos capitanes, Bermúdez había sido capitán de la Santa Cruz en el tercer viaje de Colón y, en ese mismo año de 1505, descubrió la hermosa isla Bermuda, seguramente en su viaje de regreso, a la que bautizó con su propio nombre.

1505, el año siguiente a la muerte de la reina Isabel, parece a primera vista un tanto temprano a la hora de enviar el más famoso de entre los romances caballerescos, ya que la primera edición de *Amadís de Gaula* que conocemos, la cual se encuentra en la Biblioteca Nacional Británica, fue publicada en Zaragoza por George Coci Alemán en 1508. Los estudiosos del tema opinan, sin embargo, que existió una edición impresa de *Amadís* previamente a ese año, quizás en 1500, quizás aún antes.

Las otras obras más importantes de romance caballeresco son todas posteriores: *Sergás de Esplandián* y *Florisando* son de 1510, la traducción al español de *Tirant lo Blanch* es de 1511 y *Primaleón de Grecia* de 1512.

Existieron también otros romances que podrían haber sido enviados a las Indias en 1505. Sabemos, por ejemplo, que el rey Carlos VIII de Francia, quien murió en 1498, era “un ávido lector de romances caballerescos”; al igual que la reina Isabel, quien murió en 1504.

Si los romances que se enviaron en 1505 fueron treinta y cuatro, entre ellos probablemente se encontrarían libros apreciados por dichos monarcas, tales como *La búsqueda del Cáliz Sagrado* o *La balada de Merlín* o *La historia de Lanzarote*, los cuales figuraban en la biblioteca de la reina.

Los cargamentos con libros fueron, por supuesto, después numerosos. El juez Marcos de Aguilar, de Écija, hermano mayor del intérprete de Cortés, Jerónimo de Aguilar, llevaba tres cajas con libros sin nombre cuando viajó con Diego Colón en 1509.

A principios del siglo XVI, para nuestra exasperación pero quizás para satisfacción de los mercaderes y los lectores, los libros aparecen relacionados en las listas como tales, sin detalle alguno acerca de cuáles son. Posteriormente a 1550, no antes, la Casa de la Contratación determinó que el título de cada obra debía aparecer en los registros. Con ello se pretendía prever el peligro de que libros protestantes, incluida *La Biblia* traducida a lenguas vernáculas, llegasen a las Indias, y no guarda relación con los romances caballerescos. Podemos imaginar que aquellos libros que estaban prohibidos sencillamente consiguieron introducirse sin ser relacionados en las listas.

El historiador mexicano, Francisco Fernández del Castillo, nos decía, alrededor de 1574, en su libro *Libros y libreros del Siglo XVI*, que era usual someter a los tripulantes de los barcos a interrogatorio: “Si existen a bordo libros... prohibidos tales como la *Biblia* en cualquiera de las lenguas vernáculas, o de las sectas luteranas o calvinistas u otras de naturaleza hereje, o aquellos prohibidos por el Santo Oficio... Si los libros son en lengua extranjera, gran atención deberá prestarse para averiguar su contenido...”

Poco después, en 1583, se elaboró un índice de libros prohibidos. Representantes del Santo Oficio establecidos en la Casa de la Contratación revisaban todos los libros con destino a las Indias y expedían su visto bueno o condena de los mismos. “En estas dos hojas y media no aparece ninguno libro prohibido” era una frase que se encuentra con frecuencia.

Afectados por los ataques de hombres como Vives, a partir de 1531 la Corona prohibió la exportación de las novelas de caballería a las Indias, y en 1553 se prohibiría su publicación en las Indias. Pero estas eran prohibiciones

de la Corona y, no obstante, estas obras continuaron apareciendo en las listas de libros destinados a ser enviados a las Indias. La Inquisición se centraba en sus propias preocupaciones, el protestantismo y el criptojudasmo, y no en *Amadís* o semejantes.

Como todo el mundo sabe, el éxito de *Amadís* incitó a muchos a intentar imitarlo, lo que produjo innumerables continuaciones y seriales, como *Palmerín de Oliva*, surgida en 1511. *Tirant lo Blanch* posee muchas de las cualidades de *Amadís*, y se encontraba entre los libros de D. Quijote que el barbero y el cura de su pueblo no destruyeron. Una traducción al español de la edición en valenciano de ese libro apareció en 1511. Para algunos, incluso yo, esta obra es igual en calidad, o incluso superior, a *Amadís*, y existen indicativos de su influencia sobre Montalvo cuando escribió *Amadís*. Podríamos imaginar fácilmente que copias del mismo se distribuyeron rápidamente a los barcos con destino al nuevo mundo. Sin embargo aparentemente no fue así. El mismo no aparece en ninguna lista de abordó.

Por su parte, *Amadís* constituyó el éxito literario por excelencia del Siglo XVI, y el libro fue rápidamente publicado en la mayoría de las lenguas europeas más importantes, incluidas algunas que no figuran en la *Biblia* en siete lenguas del Complutense, por ejemplo el Francés, Alemán, Italiano, Inglés, Holandés y Portugués, y había una edición Hebrea. El *Amadís* fue reescrito en la década de 1490 por Garcí Rodríguez de Montalvo, un concejal de Medina del Campo. No es posible asegurar hasta qué punto fue reescrito. Lo que sí es cierto es que, dado el gran éxito de *Amadís*, Montalvo pensó que podría enriquecerse con una continuación al mismo: *Sergás de Esplandián*, de inferior calidad. Rodríguez de Montalvo pertenecía a una familia de renombre, y su más exitoso hermano, Diego, fue corregidor de Segovia.

Como todos ustedes sabrán, *Amadís* introdujo a sus lectores, tanto en monasterios como en la Corte, en barcos y en el nuevo mundo, a un heroico caballero, el epítome de las siete virtudes y todo un éxito como guerrero. Dado que la procedencia de nacimiento de *Amadís* es un secreto, deberá descubrirse a sí mismo y viajar por todo el mundo –Europa– batiéndose en duelos, llevando a cabo rescates, liquidando tanto monstruos como malvados caballeros, y capturando o liberando islas encantadas. Mata a casi todo aquel con el que se encuentra, recuperándose rápidamente de mil y una heridas, se comporta ejemplarmente, tanto como caballero errante o al liderar un ejército. Es fiel a su encantadora dama, Oriana, a quien pronto dá un hijo,

Esplandián. Los protagonistas tienen permitidas en el libro noches de pasión con sus amantes, descritas en forma remarcadamente natural. Pero estos episodios ocupan un segundo lugar en relación con tremendos combates, que parecen ser obligatorios.

La relación de personas que gustaban de leer estos libros es impresionante: Fernando de Ávalos, uno de los mejores comandantes de Carlos V, Santa Teresa de Ávila, Fernando Colón, Juan de Valdés, San Ignacio de Loyola y Diego Hurtado de Mendoza. Todos ellos expresaron no sólo su deleite con estas novelas, sino también su incapacidad por un tiempo para pensar en otra cosa. Garcilaso de la Vega, autor, claro está, de la primera historia de las Américas, y el Rey Francisco I de Francia eran de la misma opinión. Creo que Cabeza de Vaca y Jerónimo de Aguilar también. El Emperador Carlos V se dice admiraba una obra de Gerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, una extraña y posterior joya de la literatura del Siglo XVI, tanto era así que éste pidió al autor escribiese una continuación.

Por supuesto, no necesito recordarles que la atracción de estas novelas estaba sobre todo en el hecho de que sus lectores constituyeron la primera generación que pudo apreciar el libro gracias al uso de la imprenta.

La pregunta que prevalece es la apremiante cuestión acerca de la actitud de Cervantes hacia *Amadís*. Quizás lo que no es siempre recordado es que, aún cuando en el *Quijote*, Cervantes condenaba, directa o indirectamente, las imitaciones y continuaciones a *Amadís*, este alababa al mismo *Amadís*. Un traductor inglés de *Amadís* en la década de 1970 escribió que Don Quijote incorpora muchas de las grandes cualidades del caballero *Amadís*. La misma estructura del libro posee características probablemente derivadas del *Amadís de Gaula*. Por ello, tal vez, algunos conquistadores quedaron tan impresionados por estas novelas como Don Quijote con *Amadís*.

¿Las consecuencias? En primer lugar, la nomenclatura: al menos una ciudad del nuevo mundo fundada por los portugueses en Brasil, Olinda, proviene del nombre de una de las princesas en *Amadís*, hija esta del Rey de Noruega y amada de Agrajes, hijo del Rey de Escocia.

Por otro lado, la palabra mágica “California”, dominio de la reina Califa, obviamente procede de aquellos episodios relacionados con las Amazonas en la continuación de *Amadís: Las Sergas de Esplandián*, que se presentaron como libro quinto de *Amadís*, publicado por primera vez en 1510. Constituía el territorio más septentrional de las posesiones españolas en el nuevo

mundo. Quizás su nombre se deba a Cortés cuando alcanzó la Baja California alrededor de 1530.

El nombre "Patagonia", la parte más meridional de todos los dominios españoles en las Américas, tal vez proviene de otra novela. Por último, el gran río Amazonas toma su nombre del intrépido explorador extremeño Orellana, quien creyó identificar en él el lugar en donde vivían las Amazonas.

Seguramente podrían encontrarse otros ejemplos. Sin embargo, estos nombres bastan para probar que algunos conquistadores por lo menos tenían conocimiento de los libros caballerescos. De otro modo, la evidencia es escasa. Sabemos que poseían dichos libros, los registros de la Casa de la Contratación (aún vagos) son evidentes. Lo que no es fácil saber es hasta qué punto eran leídos, y cuál era su efecto. Oviedo afirma que "él no relata tonterías tales como las que se dicen en libros mentirosos como *Amadís* y aquellos que dependen de éstos". Sin embargo, a pesar de sus muchos años en las Indias, Oviedo era primordialmente un historiador, no un conquistador.

A menudo se hace alusión al capítulo en donde Bernal Díaz del Castillo compara lo que ha leído en *Amadís* con la visión de Tenochtitlan desde lejos, entre la vecindad de volcanes y la parte este del Valle de México.

La frecuente mención a este capítulo se debe al hecho de que es la única alusión a los libros de caballería en la literatura sobre la conquista. Es curioso ya que en *Amadís* no parece nada que se asemeje a Tenochtitlan. No recuerdo visión alguna de una ciudad mágica como Tenochtitlan. ¡Quizás la imagen de mi Londres en la distancia y bajo la lluvia sí lo parezca!

Juan Bautista Avallé Arce, imaginativo editor de la mejor y más reciente edición de *Amadís*, opinaba que la comparación debe referirse a un pasaje del Capítulo XI del Libro I, en donde aparece la descripción de un maravilloso castillo rodeado de agua, pero se trata de un castillo, no de una ciudad.

Bernal Díaz era vecino de Medina del Campo, al igual que el autor o redescubridor de *Amadís*, el regidor Montalvo. Es de todos conocida la historia en la que la Reina Isabel afirmaba que de haber tenido tres hijos varones habría querido que uno fuese Rey de Castilla, otro Arzobispo de Toledo y, un tercero, escribano de Medina. Quizás infravaloraba las posibilidades. Porque dos de los mejores y más influyentes escritores españoles provenían también de allí. Hasta el punto de que sus casas se encontraron a escasos metros la una de la otra. No sólo Montalvo fue regidor de esta localidad, sino que también lo fue el padre de Bernal Díaz.

Hay algo más que parece obvio en relación con el libro de Bernal Díaz, tanto si este llegó a leer *Amadís* o no, y es que, en cierto sentido, tanto su propio libro como el Quijote, reciben la influencia de esta novela: en la brevedad de los capítulos y en el hecho de que los títulos empiezan todos por "como" —"como vino Jicotenga, capitán-general de Tlaxcala"; "como *Amadís* fue encadenado por el rey Arcaláus". Parece como si Bernal Díaz estuviese intentando escribir también un libro de caballería.

A mi juicio, el libro del viaje de Magallanes del veneciano Pigafetta parece haber recibido también la influencia de *Amadís*, y algunos capítulos, por ejemplo, la visita a las Islas Filipinas, me parecen casi un capítulo de *Tirant lo Blanch*.

Cortés y sus hombres, como Pizarro y los suyos, eran capitanes que lucharon contra difíciles adversarios y que derrocaron imperios. El reino de los Incas y los Mexica fueron siempre aludidos como "imperios" y sus gobernantes "emperadores" por norma, aunque Moctezuma era en realidad el "huey tlatoani", en nahuatl el alto portazoz de los Mexica, tal y como los Aztecas eran conocidos en aquella época. "Emperador" es el título que se encuentra con frecuencia en los libros de caballería, sobretodo el emperador de Constantinopla.

Amadís y otras novelas en la misma tradición también trataban sobre héroes que luchaban con éxito contra las situaciones más adversas.

Irving Leonard, un historiador admirable y autor del mejor libro sobre el impacto de estos libros en las Américas —su gran libro es *Books of the Brave*, traducido al castellano con un título menos vivo, *Los Libros del Conquistador*— escribió: "Para las generaciones de las primeras décadas del siglo XVI, estos fascinantes relatos de caballería constituían un espejo en el cual el lector se veía reflejado en el papel del valiente y victorioso héroe, con cuyas suertes se identificaba por completo..."

La profesora Rolena Adorno, en una curiosa introducción a la edición de 1992, afirma que la era del héroe ha terminado y "hemos dejado de estar interesados en conceptos tales como el del heroísmo". Su visión de lo políticamente correcto le confunde al escribir sobre Leonard y, desde luego, en lo que se refiere a los romances que este autor somete a análisis. Esto no significa que debamos estar de acuerdo con todo lo que propone el profesor Leonard. Por ejemplo, él consecuentemente sugiere que "la despiadada confiscación de los tesoros de Moctezuma, de Atahualpa, así como de otros, víc-

tima de la avaricia de los españoles tenía parte de culpa en la imaginativa pluma en la narración del regidor de Medina del Campo, así como de aquellos en su misma línea". Sin embargo, no hay evidencia obvia de que existiese tal conexión. La teoría de Leonard está basada en una brillante conjetura, no en la evidencia.

En las cartas de Cortés a Carlos V. por ejemplo, no encontramos referencia a romance de caballería alguno. Existen referencias, sí, a baladas. Así, aparece la famosa referencia a Roldán en el momento en que Cortés está a punto de tomar tierra en Veracruz, la cual, obviamente, proviene de una balada popular.

La comparación que Cortés hace entre los líderes de Roma, Sulla y Mario, los cuales se disputan la captura del rey de Numidia, y los compara con los conquistadores Gonzalo de Sandoval y García Holguín, quienes se disputaban la captura de Cuauhtémoc es posible también que provenga de alguna balada. Varias baladas del siglo XVI acerca de estos dos personajes romanos individualmente sí sobreviven, no obstante.

La alusión a Amazonas es la única referencia que aparece con gran frecuencia.

Hay una famosa historia aparentemente caballeresca en la Información de Servicios y Méritos de Diego de Ordaz en Santo Domingo, en el año 1520, que se refiere a una dama vestida toda en plata, que vive en un castillo también de plata, y que tan sólo come en vajilla de plata. Obviamente una referencia velada al reino de Michoacán al norte de los Mexicas pero quizás la descripción está influenciada por un libro de caballería.

Me pregunto también si Ponce de León, en su viaje en busca de la fuente de la eterna juventud en 1512 al territorio que bautizó como Florida, podría haber estado influenciado por Palmerín de Oliva, publicado en 1511. En él, el Rey Primaleón descubre que sólo el agua de una fuente mágica en un Monte en su país puede sanarle.

Otra posibilidad se plantea al recordar cómo, alrededor de 1520, Cortés recibió la sumisión de Moctezuma y, tal vez, más tarde, éste fue recibido dentro de la Iglesia Católica, tal y como su nieto afirmaba. El mismo Cortés describió la escena insistiendo en cómo Moctezuma lloraba, y en cómo este "emperador" recordaba a sus nobles cómo habían estado esperando la llegada de alguien como Cortés, un señor perdido que en su día les había guiado

hasta el lugar en que ahora se asentaban en el lago de México, tras lo cual habría desaparecido.

"Y os pido" —proseguía Moctezuma "que, de igual manera que hasta ahora, me habéis obedecido y tenido por vuestro señor, de ahora en adelante, deberéis obedecer a este gran rey [esto es, Carlos V] ya que es vuestro legítimo señor y, como su representante, también reconozcáis a éste su capitán". Los nobles señores Mexica dijeron obedecer complacientemente y a partir de entonces someterse como vasallos de Su Majestad. Todo esto lo escribió Cortés al emperador Carlos V, se dijo ante un notario público que redactó un documento formal firmado. Un documento que parece ser se perdió durante la Noche Triste.

Como Ángel Delgado Gómez afirma, en una nota de su reciente edición de las *Cartas de Relación*, "ese documento, supuesto o real, de sumisión al emperador es de enorme importancia para Cortés". Mi compatriota, Sir John Elliott, en su introducción a otra edición de las Cartas de Cortés en inglés, nos sugiere que desde el momento en que conoció la existencia del tal Moctezuma (quizás a través de su amigo, Pedro de Alvarado), un único y supremo objetivo se apoderó de su mente: debía llegar hasta Moctezuma y, de algún modo, inducirle a reconocer la supremacía de Juana y su hijo Carlos, soberanos gobernantes de España. Díaz del Castillo, en su capítulo 101, confirma la mayor parte de las afirmaciones de Cortés. Sin embargo, hace años, el profesor Mario Hernández Sánchez Barba apuntaba al respecto de esta escena en su edición de las *Cartas de Relación*, que se trata de "ficción literaria". Yo ya afirmé, en mi historia de la conquista, cómo en la residencia a Cortés aparece una pregunta, la número 98, muy interesante, en la cual se da la oportunidad a varios testigos de decir lo que vieron, si es que se encontraron presentes, y cómo he hallado por lo menos siete respuestas auténticas a dicha pregunta que apoyan la posición de Cortés, y que quizá podrían inducir al profesor Sánchez Barba a reconsiderar su opinión. En el catálogo del Archivo de Indias se menciona también una Información de Servicios y Méritos de un escribano, Pero Fernández, amigo de Cortés, quien preparó el documento formal en esa ocasión, pero, como el mismo documento, este parece también haberse perdido. O, al menos, no se encuentra en su lugar apropiado en el Archivo.

El asunto principal radica aquí sobre la cuestión del vasallaje. No está claro el tipo de vasallaje que fue ofrecido por Moctezuma (si es que, claro

está, hubo tal), pero se parece bastante a un simple acto de sumisión como el que a menudo encontramos en las novelas de caballería, más que algo más preciso, como un documento legal. Pero los Mexica conocían lo que era el concepto de vasallaje, porque ellos mismos fueron, durante cien años, vasallos de sus predecesores como los amos del Valle de México, los Tepaneca.

En ocasiones, los conquistadores fueron más allá del puro combate en su dedicación a la caballería. Por ejemplo, el medellinés Andrés de Tapia, gran amigo de Cortés, organizó un grupo de doce caballeros que formalmente pretendía "defender la Santa Fe Católica, resolver males, y asistir no sólo a españoles sino también a amigables nativos".

Sin referencia especial a esta ocasión, el profesor Eduardo Subirats sugiere que López de Gomara en su biografía de Cortés, hace de su héroe un héroe de un libro de caballería.

Don Quijote comenzó a aparecer en el nuevo mundo en número considerable a partir de 1605. Esta fecha marca probablemente el final de los envíos de libros de caballerías, aún cuando ese mismo año, el último y menos conocido de esos trabajos, *Don Poli-cisne de Boecia*, también se llevó hasta Lima.

La Casa de la Contratación, como extensamente se nos ha recordado en esta semana, tuvo muchas responsabilidades. Pero seguramente ninguna fue tan importante como su papel en la difusión entre los nuevos pobladores del nuevo mundo del material que necesitaban para su entretenimiento y quizás también inspiración.

Ha sido un placer poder estar aquí, reflexionar de nuevo acerca de estos éxitos de venta del ayer, y hablar de ello en este maravilloso Congreso entre tantas personas tan conocidas y famosas. Estoy seguro de que voy a aprender mucho una vez reciba y pueda estudiar los trabajos del Congreso.

Como otros ponentes, quiero también dar mis gracias a los organizadores.